

# Destierros

El hombre olvida que es un muerto  
que conversa con otros muertos...

J. L. Borges

## Bhopal

*I*

**P**orque no quedan horas diferentes  
regresaré mañana, cuando haya descansado  
de este viaje de gas  
de la luz delirante que enloquece a las nubes  
de este fango, más aliento que polvo  
de estos ojos más grandes que los cuerpos.

Porque no quedan horas diferentes  
lo encontraré, de nuevo, acurrucado  
frente a su choza que silba ya abatida  
por un viento delgado, todavía más fértil  
que los huesos de mimbre  
del ingenio de olvidos  
de esta ciudad callada.

Y junto a él encogido junto a él un niño  
que no habla porque él no le escucha  
no se mueve porque no puede verle;  
porque la piel que aguarda  
no acierta a comprender el roce delicado  
cuando las horas persisten invariables.

Volví. Hube de recorrer durante varios días  
el lugar, me perdí entre los barrios omitidos.

No es fácil la tarea de escoger.  
No toda la miseria es igual.

## II

Fue una locura. Visité cientos, miles de miradas;  
deseaba encontrar la de los ojos quemados, luz y ceniza  
que no me averiguara  
vencido por un fraude, una cámara amiga, veneno entre las manos.

¿Se me habrá muerto ya esta imagen única, regalo de los pobres?

Mi ayudante resoplaba hostigado por las moscas febriles.  
Yo estiraba nervioso de su corbata  
impecablemente salpicada.

Y lo hallé, porque allí  
ni las horas se suceden distintas  
ni las nubes importunan apenas  
cuando son sólo gas  
que ha tomado la forma  
de una arquitectura tolerante y etérea.

Me detuve a unos metros, preparé el objetivo  
limitándolo.

Parecía esperarme  
con el niño a su lado, con los brazos plegados  
con la frente arrasada por un fuego de piedras  
en los ojos abiertos  
y en ellos vi a un hombre repartido  
con su aparato anclado en los pómulos  
que movía los pies, muy poco, milímetros  
indeciso, incierto, pero apuntando.

Un hombre y tras él  
otro que obsequia a los muchachos

con páginas de un viejo periódico  
cuya tinta se estaba deslizando hacia el barro oxidado.

Un hombre que comprueba que la muerte no es eso:  
la muerte es menos.

Y se oyó un estrépito, lágrimas de hierro,  
impacto de metales, cristal sobre la tierra.

## El desvío

el goce tranquilizador de compadecer

G. T. de Lampedusa

Me maldije una vez. No hubo consuelo.  
No hubo insulto capaz  
de quebrarme el alivio  
que prosigue al rubor.  
El rubor atónito, el rumbo de otra nube:  
no más que indecisión cuando  
era débil aún la firmeza  
de lluvias homicidas y burlonas  
sobre la siembra fría.

Yo quise avergonzarme como un dios para morir rosada.

Me maldije: un esfuerzo de flores  
me atravesó en los recintos, en los paisajes;  
lo vi pasearme bajo el muslo de entonces  
recorrerme curioso las arterias dormidas  
marchitar la estructura, detenerme la voz.

Contagió su belleza mi descuido  
que olvidé junto a un puzzle, gotas imposibles:  
lo suavizó en alientos. Y me extravió la ruta  
hacia el reptil que fui, jamás serpiente.

Cabeza de lagarto quise ser  
para mirar distinto.

O lengua de dragón entre ramas de un mineral tostado, grietas  
sin precipicio, pliegues en una piel  
que se alzara hasta el barro de todos.

En la noche de flora, la fauna acribillada  
a no ser que yo fuese la especie protegida.

Me maldije de nuevo: pude balbucear  
el estigma que nadie me escribió  
sobre el lago del fraude en que remaba  
mi vértebra asesina.

Sin moverme, sin ayuda de brazos  
seguía remándome. Parecía lejana  
pero ya regresaba, sin moverse de entonces,  
hacia la orilla de las buganvillas.  
Desperdiándose, desmembrándome  
como un estertor que buscó en mi torpeza  
su descanso.

Me hubiera liberado de la culpa  
porque ya conocía mi calmante en su garra  
la espina desnudada por las curvas de mis antepasados.

Pero quise morir rosada:  
en las pestañas de un día irresistible apaciguarme,  
de los agravios de la ciencia recubrirme,  
sentarme con el hambre, aplaudirle su avance,  
detestar la inocencia, golpear con mi risa  
el inútil oxígeno del reo.

Y robar la vergüenza de las rosas.

## El anónimo

Fue en un combate.

Cerca del sol, la ternura del tiempo, anciana ya,  
con las fuerzas de un viento embaucador

lo mantenía:  
sobre la esquina, delicado  
bajo la esquina, su vena más alzada.  
Crucificado allí; con la cal, indistinto.

Puedo jurarlo. Sé que ocurrió entre escombros,  
no sé si de mi voz o de ráfagas rojas.

La puerta estaba abierta,  
enlutecida por el tedio de un cimiento incansable.  
Vi dos armas huérfanas en cada mano antigua.  
Entre los brazos de la madre-grieta  
pronunciaban Sicilia la madera y la calma.

Donde hubo ropa limpia, vencedora  
entre destellos de alpaca y pan.  
Olia como en sueños  
porque ese aroma aquí se desconoce.

La ironía de las plantas, tu jardín  
de brisas, el agua, hija del privilegio  
y de la alerta. Los sirvientes más tristes:  
dentro de la vida.

Tu madre, en el regazo de su mismo vientre,  
tan encogida, donde vi las armas,  
te despedía muchos años antes de tu muerte.

Él, una sombra diminuta cuando cruzó el umbral,  
recuerdo de la luz.

Un agujero sobre el cielo, sobre sus botas  
bien lustradas de niños imprecisos  
y sangres cenicientas.

Quise huir,  
con la certeza del error entre los dientes  
como lobos que escaparan de la noche  
como las aves rotas  
que baten los desechos

conscientes de que el vuelo  
es el mejor amigo: el vencido, el ausente.

### S. C. S.

daba tristeza verla divertirse  
L. A., Clarín

No bastaba la guerra.  
Y ofreciste tu brazo de alcanfor  
a los logros: por él se deslizaron  
como alimañas nerviosas y espantadas  
cuando apuntaste el pulso hacia las luces.

Venías del decoro del escote pagano:  
de tus faldas,  
otras piernas en busca de más cómodo vendaje, iban.  
En el cruce, todavía obcecada,  
pretendías bálsamo  
con el rancio ejercicio de tus pestañas, una.

No tienes suerte,  
no tuviste a la suerte en tu regazo  
bañado por los usos.  
Me pareces obstinadamente imperceptible, de tan sola, de tan poco  
qué tienes que ofrecernos ahora  
que no basta el mérito  
si no es como deber.

Mansos encubridores bostezan con premura.  
Qué lento es por aquí el desconcierto,  
qué jactancia más tuya, nuestra y expectante,  
qué sencilla la antigua peripecia:  
No, jamás la relataste en todo su esplendor  
pero puedo esperar.

No bastaba la vida.  
Y ofreciste tu piel para el manto de abrazos

a los jóvenes nuevos, tintineo de amores extinguidos  
qué rencor.

Haz el giro distinto, llevas  
la indumentaria que requiere  
este encuentro de años, este engaño de ritmos  
aún distingues.

También en ti  
apenas quedan horas diferentes.  
Y estás tú:  
está el crujido más tierno  
construyendo sus nidos en tus noches.

Qué mejor insaciable mejor complicidad  
que la nostalgia de lo no conocido.

Pero te niegas a escuchar  
sólo puedes atender  
la trayectoria de tus medias fieles,  
tú que quieres hilar entre emboscadas.

Aunque sepas  
que el azar se resiste a los nombres,  
no te bastas.

## Somos tierra de todos

Ocupamos la franja más amable de tu abdomen,  
de curvatura débil; en tu espacio  
dejamos proyectiles y cartas sin destino  
cargamento de azules ribereños  
y adolescencias.

Fuimos inquebrantables al erigir en ti nuestro reposo,  
quisimos aprender de tu quietud la furia:  
la cobardía nuestra de ser más precavidos.  
Teóricos en lanzas, risueñas puntas de dolor  
tragamos con astucia tus astillas.

No hay emblema que ausente nuestra voz  
no hay grito oculto, no quedan  
gasas, ni soplo, ni caminos, ni sed  
detrás de nuestro trazo. Frente a nosotros  
hay un poco de horizonte, aún delirio,  
una pieza culpable, aquella recompensa:  
nuestra carne en tus arcas.

Sí, somos legiones, entonamos metales.

Nuestra vanguardia se fija en tu cerco aliente:  
no hay nada más allá de tu cintura,  
no existe otra intención que el riesgo de tus miembros,  
su desarrollo.

La conmoción del traidor  
que cae sobre tu piel  
cuando el alba lo exige.

Parecemos verdugos pero somos su intento.  
Víctimas de tu vientre,  
segmentos de la tierra que todos habitamos.

Somos tú.

## **Supervivientes** (Viviendo siempre por debajo)

*I*

Quiero que cuando estés sobre mí  
sepas dónde está la ternura

**Arturo Ruiz**

Y, sin embargo, no quiero que conozcas  
la tremenda llanura de las tardes  
en el barrio de Abdul,



ni las aguas que huyen de las pequeñas tierras  
que lleva en los bolsillos,  
ni las calles que se le enredan torpes e incómodas  
cuando por ellas cruza esquivando su sangre,  
ni los ojos que se astillan  
cuando los lame un niño desde el suelo,  
ni las manos que se cierran  
para tocar el grito,  
lavarse con el asma.

No quiero que conozcas a su hermano insólito  
que quedó el bidón soñando los misterios de su gente.

No podría creerlo, no sabría creerlo  
pero le brotan ya los castigos en el sueño.

En cambio, tú sí sabes que no hay sol  
para todos,  
que apenas las últimas mañanas se despiden  
y sin reconciliarnos  
entonces lloras con lágrimas ajenas  
privilegios que no te corresponden.

Su hermano no aprenderá a llorar y a él  
le he visto almacenar aristas o venganzas  
después de cada llanto derrochado, junto a la tierra  
dentro de esos bolsillos por los que se deslizan  
las primeras simientes del miedo.

Y aunque el miedo no es esto  
no deberás llorar cuando te diga  
estamos derrotados, derrotados y ciegos, estamos  
dentro de la matanza, somos  
los inductores del despliegue tajante.

Venderemos, amigo, tú ni flores  
a su hermano, a sus hijos, a imposibles animales  
que aquí están.

Animales, nosotros  
a sus crías, las nuestras  
comeremos.

II

Éramos ya bastantes y llegaron las bocas,  
llegaron nuevamente las bocas  
nos trajeron ligeros apéndices;  
venían a callarnos y nos trajeron  
la luz y su memoria, el hábito  
a los labios,  
no el beso:  
las bocas no besaban entre gritos.

Éramos muchísimos, cientos, miles  
aferrados a un ritmo  
aprendiendo la exacta cavidad de los engaños  
el artificio sobrio en la sonrisa;  
bailamos, recordamos  
un compás indeciso  
sin dejarnos llevar  
por esas cuevas limpias que nos acorralaban,  
sin ignorar que el sí, la mordaza, el desgarró  
nos acercaba el día y una anterior nostalgia:  
otras capacidades.

Cómo nos resistimos,  
cómo nos resistieron los instintos  
que éramos tantos, tantos,  
y entre ellos la calma  
y entre todos un miedo.

Y cuando se rompieron las probabilidades  
porque se iba alejando una certeza  
abrazadas al rechazo  
no lo entendía nadie: lo comprendimos todos.

Algunos agitaron las manos  
que se usan en las despedidas  
en las que se contiene la culpa o el alivio,  
el odio, la caricia  
el dudoso homenaje al infortunio.  
Cuando éramos muchos, tantos y llegaron.

Entonces:

Había una esquinita en el cajón del mueble  
que se orientó hacia el Sur  
donde los viejos recopilaban sin descuido  
las palabras más largas, las hojas tremendas.  
Allí los menos viejos  
llorábamos a la hora imprevista de la tristeza.  
Acudieron también hasta el sótano  
los que nunca nacieron  
y alguna anciana inquieta les mostraba  
las curvas imperiosas de la vida  
para que nadie añorara jamás  
regresos o premuras.

Porque éramos muchos,  
estábamos solos  
hambrientos, desarmados, perdidos  
y alguien gritó que llegaban.

**Ester Quirós**





Ithell Colquhoun:  
«Cartón para  
autorretrato»